

EL TRATAMIENTO DEL AMOR EN LA ÉGLOGA I DE VIRGILIO

ANTONIO ALBERTE

Universidad de Málaga

SUMMARY

The characters of Amarilis and Galatea, even though are developed in Theocritean Idyls, have got in Virgilian Egl. I a different treatment because of the influence of epicurean philosophy.

Una de las grandes paradojas de la literatura latina es el hecho de que, no habiéndose caracterizado el mundo romano por la creación de escuelas filosóficas ni por la aparición de grandes escolarcas, su literatura y, más concretamente, su poesía está profundamente enraizada en los veneros de la filosofía. Éste es el caso de una poesía tan distante aparentemente de toda preocupación filosófica como la de las Églogas virgilianas.

Aun cuando los estudios de las Églogas se fijaron especialmente en el soporte histórico de los idilios teocriteos, hecho reconocido ya por el propio Virgilio¹, y, aun cuando tampoco faltaron estudios sobre los *furta* virgilianos del *De rerum natura* lucreciano, como ya lo había advertido Aulo Gelio en sus *Noches Áticas*², no se ha sabido valorar debidamente el con-

¹ *Egl. 6,1: Prima Syracosio dignata est ludere uersu
nostra neque erubuit siluas habitare Thalea.*

² *Gell. I 21,7: Non uerba sola, sed uersus prope totos et locos quoque Lucretii plurimos
sectatum esse Vergilium uidemus.*

cepto del amor que Virgilio nos ofrece en la Égloga I a través de dos personajes, Galatea y Amarilis. Tales personajes, si bien estaban presentes ya en los idilios teocriteos, responden en esta Égloga a un tratamiento totalmente distinto, cuya clave interpretativa se halla, en nuestra opinión, en la filosofía epicúrea poéticamente expuesta por Lucrecio.

Conviene recordar, a este propósito, que la «bucolización» que Lucrecio hace de la doctrina de Epicuro va a encontrar en las Églogas virgilianas terreno abonado. Concretamente el principio de la *ataraxía*, esto es, el apartamiento del mundanal ruido es sentido por Lucrecio como la vida retirada del campo. En consecuencia, la naturaleza será sentida como el marco ideal para la realización de una vida feliz (cf. *Lucr.* II 1 y ss.: V 1392 y ss.; V 1430 y ss.)³.

Esta visión del epicureismo «a la romana» no había de pasar desapercibido a los más notables representantes de la poesía augústea y romana, como son Virgilio y Horacio. Así, determinados principios epicúreos fijados por Lucrecio reaparecen en la obra de dichos autores. Concretamente la imagen que Lucrecio nos ofrece de la *diu Voluptas*, como principio de la vida aflora de nuevo en las Églogas virgilianas:

Lucr. 2, 258: *quo ducit quemque uoluptas.*

egl. 2,65: *trahit sua quemque uoluptas.*

Lo mismo puede decirse del principio epicúreo de vivir contento con lo poco:

Lucr. 5, 117: *diuitiae grandes homini sunt uiuere parce.*

En la Égloga 2,28 y ss. vemos cómo Coridón le ofrecía a Alexis cosas sencillas y humildes: *o tantum libeat mecum tibi sordida rura / atque humilibus habitere casas et figere ceruos*. En la Égloga 7,33 Tirsis le ofrecerá a Príapo, divinidad protectora de los campos, divinidad típicamente romana,

³ Conviene tener en cuenta la lúcida observación de M. SRIJVERS en su «Discussion» a la ponencia presentada por K.J. FURLEY «Lucretius the epicurean» (*Entretiens* XXIV), p. 32: «Conviene advertir que el placer ha sido ubicado por Lucrecio en la campiña, mientras que los desarrollos sociales que produjeron calamidades para el género humano (vida política y religión) han sido situados en la ciudad (cf. *urbis* 1108; *urbis* 1162). La oposición tradicional entre la ciudad y el campo parece haber determinado desde un principio la estructura de la *Kulturgeschichte* de Lucrecio».

humildes presentes puesto que su huerto es muy pobre: *custos es pauperis horti*.

Principio epicúreo defendido apasionadamente por Lucrecio es la liberación de la angustia y miedo futuros:

*Lucr. 1,147: Hunc igitur terrorem animi... necessest non radii solis
neque lucida tela diei discutiant, sed naturae species ratio-
que...
quippe ita formido mortalis continet omnis.*

Este mismo sentimiento reaparece en las Églogas 4, 13-4:

*te duce, si qua manent sceleris uestigia
nostri, inrita perpetua soluent formidine terras.*

De igual modo, en estas Églogas nos encontramos aquella idea de disfrutar el momento presente, tal como lo recomendaba Lucrecio:

*3,995 Sed quia semper aues quod abest praesentia temnis,
imperfecta tibi elapsast ingrataque uita.*

*Egl. 1,79: Hic tamen hanc mecum poteris requiescere noctem
fronde super uiridi: sunt nobis mitia poma...*

Igualmente epicúreo es el rechazo de la idea de la intervención divina en los asuntos romanos:

*Lucr: 1,43-5: omnis per se diuum natura necessest inmortalis aeuo
summa cum pace fruatur semota ab nostris rebus seiunc-
taque longe;*

Egl. 8,35: nec curare deum credis mortalia quemquam.

Principio de gran ascendencia en el mundo romano era el de la fugacidad de la vida. Pues bien, dicho principio había sido incorporado a la ética epicúrea, como lógica proyección de la alteración de las cosas observada por su doctrina física:

*Lucr: 5,830-1: nec manet ulla similis res: omnia migrant
omnia commutat natura et uertere cogit.*

En las Églogas virgilianas hay un claro eco de tal principio:

9,51: omnia fert aetas.

La personificación de la naturaleza y su presentación como modelo de aprendizaje para la raza humana habían sido desarrolladas poéticamente por Lucrecio. En Virgilio hallaremos un eco de esta concepción lucreciana sobre la naturaleza:

*Lucr. 5,1361:... At specimen sationis et insitionis origo
ipsa fuit rerum primum natura creatrix...
Et Zephyri, caua per calamorum, sibila primum
agrestis docuere cauas inflare cicutas.*

*Egl.1,22: sic canibus catulos similis, sic matribus haedos
noram, sic paruis componere magna solebam.*

No es extraño, en consecuencia, que el concepto del amor, tal como lo presenta Lucrecio, tenga su correspondiente reflejo en las Églogas virgilianas. Precisamente en el 1. IV 1037 y ss. Lucrecio expone ampliamente dicho concepto contraponiendo el amor sencillo y natural, propio del hombre sencillo y natural, al amor apasionado y tormentoso, más propio de mentes enfermas y enloquecidas. En este sentido podríamos resumir su dogmática sobre el amor en los siguientes puntos:

1. No deberán abrigarse falsas expectativas y afanes quiméricos, puesto que acabarán por producir amargura y frustración (vv. 1.066 y ss).
2. Podrá lograr mejor su propósito amoroso el que se acomoda a la realidad sin ofuscaciones mentales que aquel otro que se atormenta con maquinaciones estériles (vv. 1.072 y ss.).
3. Quien es dominado por un amor apasionado pasa la vida en la esclavitud (vv. 1121 y ss.) y acaba por abandonar sus propios deberes (vv. 1.124 y ss.). Por tanto, deberá evitar ser seducido (vv. 1.144 y ss.).
4. El amor, para que sea natural, deberá ser recíproco (1.207).
5. Una mujer, aun cuando no esté muy agraciada físicamente, si es mujer de buenas maneras, hará grata la vida de su compañero (1.280-1).

Pues bien, si nos fijamos en la presentación que Virgilio hace de Galatea y Amarilis en la Égloga I puede reconocerse fácilmente, a tenor de tales principios, cómo Galatea representa el amor apasionado que subyuga la libertad del individuo, mientras Amarilis encarna a la joven tierna y amable que colabora con su compañero en la realización de los trabajos,

sin someterlo a esclavitud alguna. Con relación a Galatea nos dice que, mientras lo tenía dominado, ni se sentía libre ni podía atender a su propia hacienda (vv. 30-31). Frente a esta figura, símbolo del amor tirano, secuestrador de la voluntad del amante, nos presenta a Amarilis como símbolo de la libertad (v. 26), cuyos rasgos característicos son los mismos de la campiña bucólica (v. 36), la generosidad y la dulzura. Precisamente el amor de Amarilis le permitirá a Tí tiro desplazarse libremente, sin tener que estar sometido permanentemente al capricho de la amada y sin tener que estar atormentado por sus infidelidades: el amor, al ser recíproco y, en consecuencia, fiel, evitará la presencia de los celos.

Evidentemente Virgilio, al ofrecer esta imagen de Galatea, se estaba basando en aquella tradición en la que Galatea era presentada como símbolo de mujer fatal, caprichosa e inconstante que atormenta el alma del enamorado (*cf.* Teócr. *idil.* 9 y 11). Ahora bien, la imagen de Galatea en esta Égloga virgiliana se perfila por su contraste con aquella otra de Amarilis. Evidentemente el personaje de Amarilis aparece también en los idilios de Teócrito (*idil.* 3 y 4), pero no de manera contrapuesta a la de Galatea. En Virgilio, frente a Teócrito, vemos cómo al presentación en esta Égloga de ambas figuras no responde a un puro juego poético, de naturaleza más o menos erótica, sino a la presentación del amor en su doble vertiente, pasión y ternura, siendo Galatea simbolizadora de la primera y Amarilis de la segunda.

Virgilio utiliza los recursos de la tradición poética teocritea para enmarcarlos en aquella visión filosófica ofrecida por Lucrecio y darles, de este modo, carácter sociológico acorde con la reconstrucción moral de aquellos tiempos. Así pues, el concepto del amor, como amor sencillo y recíproco, estaba enraizado en aquel ideal lucreciano, muy apropiado para los nuevos proyectos reformadores de Augusto.